

MIGUEL ARROYO FERNÁNDEZ

El humor y los estudios de género

La práctica del absurdo como forma de lucha y de la sátira como elemento de corrosión... devolverá al hombre una postura frente a sí mismo, y podrá abandonar a la sociedad con los elementos que quiera llevarse de ella.

José Rafael Calva¹

El humor sexual de origen popular es un campo que, a pesar de su aparente trivialidad, ofrece un inmenso potencial al investigador de la sexualidad y el género, muy especialmente al de orientación constructivista. Con ejemplos del humor sexual mexicano actual, comprobaremos cómo éste es capaz de revelar cuáles son las reacciones del pueblo ante las “ verdades ” acerca del sexo que le imponen los discursos dominantes: cómo se resiste a

ellas y cómo las va interiorizado. Observaremos también que el humor puede ser tanto un arma de crítica y resistencia populares, como, a la inversa, un mecanismo de dominación y de control social. Se nos hará evidente, en suma, hasta qué punto sería fructífero establecer un doble puente entre la sociología, los estudios de género y el humor.

Ya Freud señaló que los chistes e historietas eróticas que circulan entre el pueblo “ son excelentes auxiliares para la exploración de la vida anímica inconsciente de los hombres ” .² Efectivamente, las personas o grupos revelan, por medio de los chascarrillos picantes, los albures, los chistes..., qué cuentan, cuales son los aspectos de la sexualidad que les causan ansiedad o zozobra; y si esas personas los viven así, probablemente sea porque en su sociedad esos aspectos de la sexual-

¹ José Rafael Calva. *Utopía gay*, Oasis, México, 1984, p. 126.

² Sigmund Freud. “ Carta al doctor Friedrich S. Krauss sobre ‘ Anthropophyteia ’ ” , *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1986, v. XI, pp. 233-234.

lidad están siendo problematizados. Desde su punto de vista psicoanalítico, Freud se dio cuenta de que “ esas pequeñas historias nos dan noticia directa sobre cuáles pulsiones parciales de la sexualidad han conservado en cierto grupo de seres humanos particular idoneidad para la ganancia del placer” .³ Con “ pulsiones sexuales parciales” , se refería a todos aquellos impulsos que no podían satisfacerse “ totalmente” porque representaban prácticas prohibidas por la sociedad puritana de su época (fines del siglo XIX y primeras décadas del XX). Dado que la única práctica legitimada en la Europa de aquel entonces, especialmente entre la burguesía, era el coito genital dentro del matrimonio heterosexual, lo habitual era que cualquier actividad sexual que se saliera de estos estrechos límites fuera vivida como problemática, como algo tabú, y que su simple mención en los chistes cau-

sara cierta excitación en el transgresor. Este conjunto de prácticas prohibidas, que Freud llamó “ aberraciones sexuales y vicios” ,⁴ incluían el sexo entre hombres, la pedofilia, la zoofilia, el fetichismo, la masturbación, el sexo oral, el sadomasoquismo y el sexo anal, entre otras. Fijémonos ahora en este chiste que cuenta Freud, sumamente revelador por presentar a un psicoanalista que indaga en los hábitos sexuales supuestamente nocivos de su paciente (en francés, “ onanie” quiere decir onanismo, masturbación; “ O na, nie!” , ¡Oh, jamás!):

Un doctor pregunta a un joven paciente si en alguna época ha sido dominado por el vicio de la masturbación. La respuesta es: “ O na, nie!” ⁵

⁴Sigmund Freud. “ Las aberraciones sexuales” , *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1986, v. XXIII, pp. 123-157.

⁵Sigmund Freud. *El chiste y su relación con el inconsciente*, Alianza, Madrid, 1982, p. 28.

³ *Idem.*

El misterio envuelve todo lo que se relacione con el sexo en los países de raíz judeocristiana, ya que en ellos se ha perseguido durante siglos, de modo encarnizado, toda práctica sexual no ortodoxa. Hablar de estos temas se ha convertido en tabú, y así, necesitamos acudir al humor para abordar en un tono informal y no comprometido lo que no nos atrevemos a tratar desinhibidamente en el discurso formal. El simple hecho de aludir a los órganos genitales nos causa ya cierta excitación; muchos chistes se basan, de hecho, en la polisemia de las palabras que designan a los genitales, como podemos observar en los siguientes ejemplos:

En una iglesia estaba el padre dando misa cuando entra un hombre gritando:

— Huevos...huevos frescos. A lo que el padre dice: — Saquen a ese de los huevos.

— No, no-grita él—, de los huevos no, mejor de las orejas.⁶

Una niña llega a su casa y le pregunta a su padre:

— Papá, hoy la maestra dijo en la escuela una palabra rarísima. ¿Qué quiere decir pene, papá?

El padre se queda lívido, empieza a sudar, pero finalmente vence el pudor y le explica a su hija el significado de la palabrita.

— Qué raro, papá, no entiendo nada. Hoy la maestra estaba muy triste porque se había muerto su abuelita, y nos dijo: ‘niñas, vamos a rezar todas juntas para que el alma de mi abuelita no pene...’⁷

Pero, ¿por qué se ha convertido en tabú todo lo que se relaciona con el sexo en nuestra cultura?, ¿por qué han lle-

⁶Rogelio Gil. *Super chistes*, Anaya, México, 1990, p. 13.

⁷ Los chistes y dichos de los que no se cita su origen, fueron tomados de la tradición oral mexicana y adaptados por el autor del artículo.

gado a problematizarse hasta tal punto todo ese tipo de prácticas sexuales no procreativas que Freud calificó de aberrantes?

Antes que nada, conviene que nos demos cuenta de que ese pudor que nos invade, esa emoción que sentimos cuando transgredimos la prohibición y rompemos el tabú por medio del lenguaje obsceno o los chistes picantes, no son universales. Seguramente un dicho como “ El pecado original no fue causado por la manzana, sino por el miembrillo ” , que tanto regocijo causa en nosotros, sería considerado simplemente absurdo por, digamos, los zapotecas de Oaxaca. En primer lugar, porque ellos no se sienten pecadores por naturaleza; en segundo lugar, porque no consideran que la sexualidad sea de por sí pecaminosa. Tal como nos explica Beverly N. Chiñas,⁸ la sociedad zapoteca no ejerce ninguna presión, por ejemplo, para impedir que dos

hombres o dos mujeres se emparejen y se vayan a vivir juntos si lo desean; toleran la bisexualidad, y los muxa (hombres afeminados) son apreciados y respetados. Lo que es más interesante, de acuerdo con esta antropóloga, es que en la lengua zapoteca las palabras que designan los órganos sexuales y las funciones corporales no son tabú. Es por esto que el hecho de usarlas en el lenguaje corriente no despierta en ellos ese morbo que sí suscita en nosotros; algunos observadores occidentales tienden a considerar que los hombres y mujeres zapotecas son groseros o desvergonzados, porque emplean libremente ciertas palabras ‘ prohibidas ’ .

Es necesario también que seamos conscientes de que tampoco en nuestra propia cultura judeocristiana ha existido siempre esta vergüenza en torno al sexo que hoy nos domina. De acuerdo con Elias,⁹ hasta el Renaci-

⁸B. Newbold Chiñas. *The Isthmus Zapotecs: a Matrifocal Culture of México*, 2a ed., Harcourt Brace Jovanovich College Publishers, Fort Worth, 1992, p. 113.

⁹Norbert Elias. *El proceso de civilización*, FCE, México, 1989. Véase especialmente el capítulo dedicado a los “ Cambios en la actitud frente a las relaciones entre hombres y mujeres ” , pp. 209-228

miento los padres y maestros hablaban con los niños de la sexualidad, de las prostitutas, de los problemas conyugales, etc., de un modo relativamente desinhibido y con fines fundamentalmente educativos; sin embargo, a partir del siglo XVIII y sobre todo del XIX, los sentimientos de pudor, los escrúpulos, envuelven este ámbito de la vida y lo silencian; a los niños ya no se les debe hablar claramente de la sexualidad, sino mediante circunloquios, y ante todo debe inculcárseles la vergüenza en torno a ella.

Tal como nos explica el filósofo francés Foucault, este control que comenzó a ejercerse sobre el discurso del sexo fue uno más de los procedimientos que nuestra cultura judeocristiana ha ido desplegando para lograr la vasta empresa en la que se ha empeñado desde la Edad Media: la de establecer como única sexualidad admisible la que se da con fines procreativos entre los cónyuges. Las instituciones que se encargaron durante los primeros siglos

de ello fueron las iglesias cristianas, especialmente a partir del Renacimiento, cuando comenzaron a perseguir con más saña que nunca a los sodomitas, sacerdotes solicitantes y a otros tipos de pecadores de la carne.¹⁰ A partir del siglo XVIII, las ciencias y las instituciones del Estado (escuelas, policía, etc.) se fueron implicando también en la empresa; como por inercia, asumieron los pre-judicios que durante los anteriores siglos se habían ido creando en torno al sexo. Este comenzó a ser interrogado: las ciencias comenzaron a colonizar con sus discursos, muchas veces falaces, el campo de la sexualidad, que hasta entonces había permanecido relativamente ignorado. Se le pedía a la gente que revelara sus intimidades, pero a la vez se implantó una economía restrictiva del discurso sexual; es decir, se definió “ de una manera mucho más

¹⁰ Rafael Carrasco. *Inquisición y represión en Valencia*, Laertes, Barcelona, 1985.

estricta dónde y cuándo no era posible hablar de sexo” .¹¹

Es lógico pensar que el folclore popular reaccionaría ante esta puesta en discurso del sexo que estaba siendo llevada a cabo, y que reflejaría lo que estaba ocurriendo en sus propias creaciones; tal como señala Foucault, «lo estricto de las reglas de las buenas maneras verosímilmente condujo, como contraefecto, a una valoración e intensificación del habla indecente” .¹² Efectivamente, es muy probable que el humor sexual haya proliferado y aumentado cuantitativamente entre las clases populares, como respuesta a las técnicas de dominación, cada vez más refinadas, que los poderes han ido desplegando desde el siglo XVI. Es razonable suponer también que tanto la temática como el enfoque de los chistes populares fueran cambiando a lo largo del tiempo, de acuerdo con los

distintos aspectos sexuales que iban siendo colonizados por los discursos dominantes, y con las verdades sobre el sexo que se querían imponer. No profundizaré más aquí sobre estos asuntos, que podrían ser objeto de interesantes estudios históricos en la medida en que las fuentes escritas lo permitieran.

Ofreceré ahora algunas sugerencias más en torno a las aplicaciones potenciales que el humor tendría para los estudios de género. Mis reflexiones provendrán fundamentalmente del análisis de chistes y albures mexicanos, todos ellos actuales, de los que ofrezco algunos ejemplos; algunos los recopilé oralmente, otros al acudir a las antologías. En concreto, me propongo demostrar que

1. En una sociedad y una época determinadas, se puede detectar la coexistencia de distintos discursos humorísticos que reflejan distintas perspectivas sobre la sexualidad: atestiguan que se está construyendo un

¹¹ Michel Foucault. *La voluntad de saber*, Siglo XXI, Madrid, 1992, p. 25.

¹² *Ibid.*, p. 26.

tipo de sexualidad específico para distintos grupos de población.

2. Los chistes que la gente cuenta reflejan la existencia de distintos movimientos sociales o grupos de personas que se resisten a admitir ciertas prohibiciones y conceptos en torno a la sexualidad; pero, al mismo tiempo, nos permiten conocer las normas, tabúes e ideas en torno al sexo que más han calado en el tejido social, o en ciertos grupos de él, y que por tanto juegan un papel importante en la construcción social de la sexualidad.

A juzgar por los temas que el pueblo mexicano necesita abordar por medio del humor, algunos de los asuntos sobre los que manifiesta mayores anhelos, ansiedades o frustraciones parecen ser el matrimonio, la homosexualidad masculina, el sexo oral, la impotencia sexual, los hijos fuera del matrimonio, la educación sexual de los niños, las relaciones prematrimoniales, la desnudez, los métodos anticonceptivos, las enfermedades venéreas,

la sexualidad de los ancianos, la masturbación, el incesto... Todos estos parecen ser, por tanto, aspectos problemáticos en nuestra sociedad; sin embargo, hay dos que parecen causar especial zozobra en el mexicano, si tenemos en cuenta la gran cantidad de chistes que generan.

El primero de ellos es el del matrimonio. Tal como revelan los discursos humorísticos, éste parece vivirse muchas veces como una carga insoponible, llena de frustración sexual y de incomunicación, lo cual genera con frecuencia hostilidad hacia el cónyuge; los jóvenes demuestran tener reticencias para asumir esa responsabilidad de por vida; también preocupan mucho el tema del divorcio y los asuntos monetarios, así como la infidelidad, tanto del hombre como de la mujer. Como vemos, la opinión que por medio de sus chistes da la gente acerca del matrimonio, contrasta vivamente con la imagen dulcemente paradisiaca con que los discursos do-

minantes pintan la institución conyugal. Nos carcajamos cuando alguien nos dice que “ la única forma de acabar con el problema de las madres solteras, sería instituyendo el Servicio Conyugal Obligatorio” ¹³⁾ pero mas si pensamos detenidamente el asunto no es cosa de risa, ya que un servicio conyugal obligatorio es lo que pretenden imponer los discursos que idealizan la pareja monógama de por vida, que hacen sentir a los solteros y solteras como seres incompletos, y que problematizan todo ejercicio de la sexualidad fuera de ella.

Lo que ocurre de hecho en México es que coexisten dos modelos de familia.¹⁴ Por un lado el importado de Europa, de tipo patriarcal, en el que se da una gran importancia a la fidelidad y en el que la sexualidad en general

está más problematizada; éste es el modelo de las clases acomodadas y el más idealizado por la cultura dominante, aunque, a juzgar por el humor de los mexicanos, no es aceptado por gran parte de la población. Por otro lado, encontramos otro tipo de familia en la que el control sobre la sexualidad de sus miembros es más laxo y la promiscuidad sexual, especialmente la del varón, pero también la de la hembra, es mayor; frecuentemente el varón se desentiende de su familia y son las mujeres las que en muchos casos deben sacar a sus hijos adelante. Éste es el modelo de familia que los discursos dominantes tratan de modificar, fundamentalmente por medio de la intervención en la sexualidad de hombres, mujeres y niños: transformando la bisexualidad natural de hombres y mujeres en monosexismo (tener que identificarse como homosexual o como heterosexual); alimentando el ideal de amor romántico como unido al ejercicio de la sexualidad y

¹³ Conrado Atenido. *Chistes de alcoba*, Selector, México, 1990, pg. 28.

¹⁴ Sobre este asunto véase, por ejemplo, Santiago Ramírez, *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, Grijalbo, México, 1977, pp. 82-83; Yvonne Castellón, *La familia*, FCE, México, 1985, p. 22.

problematizando las prácticas que buscan el mero placer; limitando drásticamente la sexualidad de niños y adolescentes, en especial la que éstos mantienen con adultos, con el fin de que no se habitúen a llevar una vida sexual demasiado desinhibida.

El segundo asunto que parece causar una especial inquietud en los mexicanos es el de la homosexualidad masculina. Profundizaré un poco más en este tema con el fin de demostrar la hipótesis, ya enunciada, de que pueden coexistir varios discursos que están construyendo la sexualidad de distintos modos, en grupos de población diferentes.

En México, como en el resto de Latinoamérica, en los pueblos de la cultura mediterránea y en el mundo árabe,¹⁵ los hombres de las clases populares gozan de una libertad de mo-

vimientos relativamente amplia: se espera de ellos que mantengan múltiples contactos sexuales, incluso estando casados. Las prácticas sexuales entre varones son relativamente frecuentes también, aunque se llevan a cabo en el más absoluto de los secretos; es éste un dominio privado masculino del que las mujeres, aparentemente, no saben nada. A pesar de ello, son muy pocos los chistes en los que el mexicano reivindique su homoerotismo o en el que se ridiculicen las limitaciones sexuales que implica el ideal de masculinidad dominante en su cultura. Naturalmente, siempre hay algunas excepciones, como este chiste que reivindica explícitamente la bisexualidad:

Dos compadres se acaban de divorciar por el mismo tiempo, andan sin mujeres y uno dice:

—Oiga, compadre, vámonos por ahí a enamorar...

¹⁵ Acerca de las similitudes entre la sexualidad del varón latino y del árabe, véase Stephen O. Murray, "The Will Not to know: Islamic accommodations of Male Homosexuality", Stephen O. Murray et al., *Islamic Homosexualities: Culture, History and Literature*, Nueva York, New York University Press, 1997.

—Pero no tengo lana, compadre...
—Y qué, ¿nos vamos a “ cobrar ” ?¹⁶

O como esta definición jocosa que del hombre ofrece el humorista Arreola:

“ HOMBRE ” : Persona que se exhibe siempre rodeado de mujeres y en privado se entrevista con otro igual a él.¹⁷

Sin embargo, no es esto lo más frecuente. La mayoría de los chistes que tocan este asunto revelan que los hombres lo viven como algo sumamente problemático: no es extraño, si tenemos en cuenta que durante siglos la sexualidad del varón ha sido, en términos de Foucault, un “ foco local de poder-saber ” ;¹⁸ es decir, algo en que la moral eclesiástica y los discursos científicos han intervenido intensi-

vamente. Uno de los objetivos principales de esta intervención ha sido la de extirpar toda forma de homoerotismo de la naturaleza fundamentalmente bisexual del hombre; en esta empresa se hayan implicados, aún hoy en día, muchos psicoanalistas, hecho sumamente paradójico, ya que fue precisamente Freud el que más claramente percibió que todos los seres humanos son esencialmente bisexuales, y que son las presiones sociales las que les empujan a inclinarse por la heterosexualidad exclusiva:

todas las personas, aun las mas normales, son capaces de elección homosexual de objeto, la han consumado alguna vez en su vida y la conservan todavía en el inconsciente, o bien se han asegurado contra ella por medio de enérgicas contra-actitudes. Estas dos comprobaciones ponen fin tanto a la pretensión de los homosexuales de ser reconocidos como un “ tercer sexo ” cuanto al distingo, supuesta-

¹⁶ Antonio Salgado Herrera. *Chistes y picardía*, Anaya, México, 1985, p. 218.

¹⁷ Raúl C. Arreola. *Diccionario mexicanote*, Anaya, México, 1983.

¹⁸ Foucault, *op.cit.*, p. 120.

mente significativo, entre homosexualidad innata y adquirida.¹⁹

Veamos qué es lo que ocurre, en este sentido, en México. Existen gran cantidad de chistes acerca del *joto*, o *lilo*, personaje en el que el hombre mexicano proyecta todas las características que no quiere aceptar en sí mismo: la debilidad, la emotividad, la cobardía, el afeminamiento, la pasividad anal y oral, así como la posibilidad de mantener relaciones afectivas con otro hombre. El *joto* es, como vemos, una construcción social: una fantasía social que, interiorizada por aquellos que se identifican con ella, se convierte en realidad.²⁰ Según el estereotipo tradi-

cional en México, es exclusivamente pasivo, y por tanto no puede nunca entenderse sexualmente con otro como él, tal como se manifiesta en el siguiente chiste (*tiburón* significa en este contexto 'activo sexualmente' y ballena 'pasivo sexualmente'):

Hay un joto nadando en una alberca. Repetidamente se acerca nadando a un hombre que está tomando el sol junto a la alberca, le toca el hombro, le dice "cómeme tiburón", y enseguida sale nadando. El otro lo ignora varias veces, pero al final le responde.

—Ay no, hija, deja de chingar, nena, ¿qué no ves que yo también soy ballena?

Excepto en algunas de las subculturas indígenas y mestizas que toleran o admiran a la figura del hombre afeminado, el joto sufre con frecuencia la violencia y el acoso social y policial; muchas veces interioriza esa imagen negativa que la sociedad proyecta so-

¹⁹ Sigmund Freud. "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910)", *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1986, v. XI, p. 93.

²⁰ Sabemos que a lo largo de la historia diferentes culturas han creado, mediante la socialización, la figura del hombre feminizado, o *bardache*, cuya misión ha sido tradicionalmente la de complacer sexualmente, como pasivo, a los hombres a los que se subordinan, ocuparse de las tareas domésticas, etc. Este asunto aparece tratado con profundidad en Richard Trexler. *Sex and Conquest: Gendered Violence, Political Order, and the European Conquest of the Americas*, Cornell University Press, Ithaca, 1995.

bre él, e incurre en actitudes autodestructivas. Esto se manifiesta en ejemplos como el que sigue que, significativamente, suelen causar gran hilaridad en los mismos homosexuales:

— Se encuentran dos jotos, y uno tiene un chipote grandísimo en la cabeza. El otro le pregunta: —¿Qué te pasó, nena?

—Mira, que conocí a un hombre fantástico, me llevo a su hotel, me desvestí y cuando le pido que me dé ya con lo de mear, pues que agarró la vasenilla y me dio con ella en la cabeza.

Aunque el *joto* es objeto continuo de escarnio y de ridículo, puede servir, paradójicamente, como desahogo puramente sexual para el *macho*. Es necesario observar que el hombre mexicano, tradicionalmente, no ha sentido que pierda su masculinidad en tanto mantenga el papel activo en su relación homosexual, y en tanto no se implique afectivamente. Sólo en ese contexto,

podemos entender que chistes como el siguiente no causen conflicto a quien lo cuenta ni lleven consigo un detrimento de su imagen ante la sociedad:

—¿Y dónde anda nuestro amigo Próculo?
—¿Próculo? Me pones a pensar, ¿cómo era él?²¹

La pasividad anal, sin embargo, sí es una práctica que está socialmente vedada al hombre mexicano: ser penetrado sería tanto como convertirse en joto, con toda la carga negativa que eso traería consigo. En realidad, tal como indica Carrier,²² un alto porcentaje de hombres que comienzan actuando como activos con otros hombres, acaban por aprender a asu-

²¹ Antonio Salgado Herrera. *Chistes y picardía*. Anaya, México, 1985, p. 216.

²² Joseph Carrier. *De los otros: Intimacy and Homosexuality among Mexican Men*, Columbia University Press, Nueva York, 1995, p. 207; Joseph Carrier. " Cultural Factors Affecting Urban Mexican Male Homosexual Behavior" , Wayne R. Dynes y Stephen Donaldson (eds.). *Ethnographic Studies of Homosexuality*, Garland Publishing, 1992, pp. 103-110.

mir también el rol pasivo. Tal vez por eso exista tanta ansiedad en torno a este tema, como muestra este chiste:

— Entra un hombre a la cantina, y pide una mezcla rarísima: un chorro de tequila, otro de ron, un poco de pulque, canela y chile verde. El cantinero elabora el mejunje, se lo ofrece, y el cliente se lo toma: “ mm, oh, oh, oh, qué rico, ah uuuh, qué alivio...” . Y así varios días, hasta que al cantinero le pica la curiosidad: “ Será de verdad tan buena esa mezcla... déjame ver” . La hace, se la toma y ‘ mm, oh, qué rico, aaah, uuuh, qué alivio...ah ¡joto mamón hijo de la chingada!

Nos damos cuenta, por tanto, que la masculinidad en México está construida tradicionalmente de tal modo que el hombre no siente disminuida su hombría si mantiene relaciones sexuales con otro hombre, en tanto desempeñe el rol activo. Ahora bien, al analizar el humor mexicano, se detecta también

la presencia de otros discursos que contienen conceptos diferentes acerca de la sexualidad entre hombres: estos discursos provienen del mundo anglo europeo (norte de Europa y de Estados Unidos). La idea fundamental que sostienen es que el simple hecho de desear a otro hombre es ya signo inequívoco de una identidad homosexual permanente. Con este concepto de heterosexualidad y homosexualidad como estilos de vida radicalmente incompatibles, de lo que se trata es de aislar al *homosexual* como una especie de ser humano diferente, y extirparlo del resto de los hombres, los heterosexuales, todo vestigio de homoerotismo. Nótese que este concepto de la homosexualidad es muy diferente al tradicional en los países mediterráneos y latinos. El temor del hombre mexicano tradicional no reside en la posibilidad de desear a otro hombre, sino en la de perder su masculinidad siendo penetrado, acto que lo convertiría en *joto*; el miedo del anglo europeo es lle-

gar a desear a otro hombre, porque si eso le ocurre se verá imposibilitado a desear a una mujer, va a convertirse en *homosexual* permanente. Veamos ahora un ejemplo de chiste en el que se detectan la influencia de los discursos occidentales, la cual se deja entrever por la dicotomía excluyente que presenta entre los conceptos de homosexualidad y heterosexualidad:

—Pasan las horas y el flamante esposo ni siquiera se acerca a la esposa, así que ella comenta irónica:

—Oye, Lalo, ¿recuerdas que en la conferencia de anoche afirmaron que cuando los hombres comienzan a volverse maricas, pierden la memoria?

—No me acuerdo absolutamente de nada.²³

Muy revelador es advertir, en este sentido, que los conceptos mexicanos tradicionales en torno a la masculinidad

han sido desplazados casi totalmente de los discursos cultos dominantes, y que sólo se mantengan en los discursos populares. Es sumamente significativo también que un humorista mexicano como Rius, que en muchos aspectos demuestra contar con un elevado sentido crítico, haya asumido los conceptos que en torno a la homosexualidad se han importado de Europa y Norteamérica, sin cuestionarse lo poco que se adecuan a la realidad social de su país: admite todos los estereotipos negativos acerca del homosexual, entendido como opuesto e incompatible con el heterosexual, y termina sus reflexiones con unas frases lapidarias, nada cómicas, por cierto:

—La vida de los homosexuales es de lo más infeliz que puedan imaginarse, llena de crisis, conflictos soledad, inseguridad, persecución... y generalmente termina en el suicidio... Creemos, con la mayoría de los psicólogos, que la

²³ Nicky Santini. *Chistes para damas*, Selector, México, 1994, p. 11.

causa principal de que muchachos y muchachas se “ desvíen ” es por mal ambiente familiar y una educación sexual errónea.²⁴

Rius se vio atrapado por el dispositivo que creó Europa para abordar la sexualidad no procreativa, y sin darse cuenta se hizo un instrumento más de él, convirtiéndose en un portavoz de lo que Sedgwick llamaría “ la fantasía occidental de crear un mundo sin homosexualidad ” .²⁵ Sin embargo, muy bien podría haber tomado también como punto de partida para sus reflexiones el comportamiento real de las clases mestizas e indígenas de México.

Tomemos ahora la segunda hipótesis que lancé más arriba. Ya señalamos antes que como respuesta a los discursos dominantes que tratan de

imponer sus “ verdades ” , el pueblo reacciona y ofrece sus propios puntos de vista: bien opone resistencia, bien las interioriza. Ya hemos visto algunos ejemplos de chistes que revelan que muchos de los prejuicios y los conceptos dominantes han calado profundamente en las clases populares de México; en ellos se puede detectar qué aspectos de la sexualidad se sienten como problemáticos, pero en vez de rebelión hay conformidad. Pensemos, por ejemplo, en el albureo, tan común entre los hombres mexicanos, que puede contemplarse como una reproducción ritual de las normas rectoras de la masculinidad: de lo que se trata en este juego es de feminizar al contrincante convirtiéndolo en pasivo oral o analmente. O reflexionemos acerca de un chiste como éste, que muestra que la idea decimonónica de que las perversiones son una degeneración biológica ha pasado desde los discursos de la psicología a la mentalidad popular:

²⁴ Rius. *Machismo, feminismo y homosexualismo*. Posada, México, 1989, p. 147.

²⁵ “ The hygienic Western Fantasy of a Word without any more Homosexuals in it ” , Eve Kosofsky Sedgwick. *Epistemology of the Closet*, University of California Press, Berkeley, 1990, p. 42.

—Doctor, estoy enamorado de un equino.

—¿Yegua o caballo?

—¡Yegua, por supuesto! O qué, ¿me vio cara de degenerado?²⁶

Sin embargo, en ocasiones, la reacción puede ser también rebelde, una reacción encaminada a reafirmar un “placer que se enciende al tener que escapar de ese poder, al tener que huirlo, engañarlo... placer que se afirma en el poder de mostrarse, de escandalizar o de resistir”²⁷, como indica Foucault. Consideremos ahora algunos chistes que constituyen resistencias efectivas que ciertos grupos de personas oponen a los discursos dominantes. Algunos de ellos propugnan la liberación sexual de la mujer;²⁸ conviene señalar en este sentido que las feministas de Estados Unidos²⁹ llevan ya varias dé-

²⁶ Rafael Figueroa. *Picardía nacional*, Libra, México, 1985, p. 75

²⁷ Foucault, *op. cit.*, pg. 59.

²⁸ Santini, *op. cit.*, ofrece buen número de chistes para mujeres, muchos de ellos de corte feminista.

²⁹ Ver, por ejemplo, el capítulo dedicado al humor en Mary Crawford. *Talking Difference: On Gender and Language*, Sage, Londres y Thousand Oaks, 1995.

cadass empleando el humor como arma ideológica en su lucha contra el patriarcado. En este chiste, por ejemplo, se cuestiona la idea que tradicionalmente se le ha inculcado a la mujer de que ha de entregarse virgen e inexperta a su hombre:

—¿Es verdad que has sido novia de todos los del barrio?

—Sí. ¿Y eso que tiene de malo?

—¿Cómo que qué tiene de malo?, eso no lo puedo aceptar.

—Te gusta cómo te abrazo.

—Sí.

—Te gusta cómo te beso.

—Mucho.

—Te gusta las cositas esas que te hago allí.

—Sí, mucho, mucho.

—¿Y crees que todo eso lo aprendí por correspondencia?³⁰

Éste se ríe del pudor sexual, reivindica el uso de preservativos como mé-

³⁰ Raúl C. Arreola. *Lo máximo en chistes colorados*, Anamex, México, 1987, p. 86.

todo efectivo para combatir las enfermedades venéreas y ofrece información útil acerca del peligro potencial que tiene la práctica del sexo oral. Y lo hace en un contexto como el de México, en que tanta falta de información existe por causa de la presión ideológica de una Iglesia que parece no querer reconocer cuáles son las verdaderas prácticas sexuales de la población:

Aunque hay varias damas presentes, entra volando a la farmacia y pide a gritos:

—¡Joven!, ¡joven! ¡Deme un condón!

El empleado trata de callarlo, pero él insiste a gritos.

—¡Por favor, joven, véndame un condón!

—¡Oiga, cuidado con la lengua!

—Bueno, pues deme dos.³¹

El chiste que aparece a continuación se rebela ante la idea tan difundida de que

³¹ Jorge Escalante. *Lo mejor de la picardía mundial*, Libra, México, 1990, p. 36.

la promiscuidad es negativa, y ofrece un contraargumento que, si nos paramos a pensar en él, es bastante racional:

—Oye, ¿tú que prefieres, masturbarte, o coger?

—Coger.

—¿Por qué?

—Porque cogiendo se conoce gente.

Y los siguientes se burlan de las explicaciones míticas que sobre la sexualidad se les da a los niños (fenómeno éste que, como ya comentamos antes, se difundió durante los siglos XVIII y XIX) con las cuales se les va preparando para que de adultos sean víctimas más fáciles del pensamiento irracional y de explicaciones mágicas:

Pepito ve a su papá que está haciendo pipí.

—Oye, papá, ¿qué es eso que tienes ahí?

—Un ratoncito, hijo.

—¿Y te lo estás cogiendo?”

Oye, ¿sabes que los niños ya no vienen de París? Ahora vienen de Estados Unidos.

Conclusiones

Espero haber persuadido al lector de que el análisis de los discursos humorísticos populares puede ser sumamente fructífero tanto para el sociólogo como para el investigador del género. Es por medio del chiste y la picardía como la gente expresa su verdadero sentir en torno al sexo, y su estudio puede aportarnos, por tanto, datos valiosos acerca del modo en que la feminidad y la masculinidad están construidas en el nivel de las clases populares. El humor sexual pone en evidencia, además, el contraste que existe entre el sentir popular y los discursos dominantes en torno al sexo: éstos idealizan el matrimonio, problematizan las prácticas no procreativas y legitiman únicamente el ejercicio del sexo cuando va unido al amor; mucha gente, sin

embargo, parece vivir el matrimonio como un suplicio y disfrutar, o al menos anhelar, el ejercicio de una sexualidad placentera, no necesariamente ligada al amor.

Los discursos populares revelan también cuáles son los estereotipos que la población tiene en mente acerca de las mujeres, los hombres y los homosexuales. Me parece especialmente relevante, en este sentido, que las etiquetas de *joto* (en el mundo latino) y de *homosexual* (en el mundo anglo europeo) difieran tanto entre sí. Ya comentábamos que la bisexualidad ha sido tradicionalmente un secreto compartido por la mayoría de los hombres en las culturas árabes y latinas; sin embargo, la cultura anglo europea pretende crear una identidad homosexual distinta a la identidad *heterosexual*. Este contraste entre culturas deja bien patente que el intento en que muchos científicos esencialistas están empeñados, el de encontrar algún factor biológico diferencial entre *homo-*

sexuales y heterosexuales es, cuanto menos, ilusorio, porque se fundamenta en la categorización propia de su cultura. ¿Analizarán los esencialistas también los hipotálamos de los machos bisexuales mexicanos?

No debemos tampoco perder de vista el elevado potencial corrosivo y relativizador con que cuenta el humor. Es verdad que en muchos casos los chistes no hacen más que recrear y perpetuar los prejuicios y falsos conceptos construidos en torno a la sexualidad; pero no es menos cierto que también el humor es capaz de desvelar las falsedades en las que se fundamentan los discursos dominantes y puede hacernos tomar conciencia de lo artificiales que son las normas morales y sociales que condicionan nuestras vidas... A mi juicio esto es algo que deberían tener en cuenta tanto el humorista profesional como el aficionado, ya que el humor puede servir como arma de resistencia popular efectiva. No por casualidad, resultan ser

las personas menos prejuiciosas y más tolerantes las que suelen contar con mejor sentido del humor, tal como han señalado los psicólogos humanistas.³² El potencial crítico con que cuenta el humor ha hecho que los espíritus más intolerantes lo hayan considerado peligroso, y que algunos hayan incluso deseado eliminarlo de la naturaleza humana: “ estoy convencido de que la humanidad no podrá regenerarse totalmente hasta que la risa no haya desaparecido” ,³³ afirmaba lapidariamente uno de ellos. Por suerte, aún nadie ha inventado ningún mecanismo que acabe con el poder regenerador de la risa... ¿o sí lo habrán hecho?

³² Gordon W. Allport. *La naturaleza del prejuicio*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1977, pg 471; Miguel Arroyo Fernández. “ Humanismo psicológico” , *Diccionario de escuelas de pensamiento o ismos*, Alderabán Editores, Madrid, 1997, pp. 158-160.

³³ Sherley, citado por Victor Raskin. *Semantic Mechanisms of Humor*, D. Reidel, Dordrecht y Boston, 1985, p. 10.